

Una riquísima tela, quizá de la época fundacional de Castilla, ha sido encontrada en la Iglesia Parroquial de Oña

**Su antigüedad y alcance históricos quedan reflejados en los
simbólicos caballo y halcón, característicos de la gesta condal
de independencia**

No son muchos los que conocen el lugar destacado que ocupa en la Historia medieval la villa de Oña. Su importancia histórica arranca de la decisión del conde don Sancho, el nieto de Fernán-González y vencedor de Almanzor, de erigir en ella un Señorío-Infantazgo para su hija menor Trigridia, que anhelaba una vida de retiro. A partir de entonces esta importancia fue tal que la historia de Castilla gira entorno suyo durante los dos primeros tercios del siglo XI. Después su abadía benedictina hasta el s. XV, fue el señorío monacal más rico y extenso de Castilla. La desmortización de Mendizábal dio al traste con esta institución milenaria tan llena de grandeza y poco a poco los años fueron borrando y reduciendo casi al olvido su antiguo esplendor y hasta su significación histórica. Pero su importancia histórico-artística sigue en pie e innegable y lleva como aparejados y ocultos tras de sí el misterio y la sorpresa propicios siempre al descubrimiento y al hallazgo, como el que en el presente nos ocupa.

Hoy me voy a ocupar del primero y más importante de estos hallazgos, que tuvo lugar este verano pasado en la iglesia parroquial, cuando se trataba de adecentar y limpiar la parte alta del retablo donde se hallan los restos de la infanta Trigridia, biznieta de Fernán González, a quien se venera como santa.

Al remover el precioso arcón que guarda sus cenizas para su limpieza, detrás y como algo desechado sin valor, había una tela que recogida y examinada con detención, resulta ser de extraordinario valor histórico-artístico. Probablemente había quedado arriconada allí desde la época de los benedictinos, hace más de 140 años.

La tela, hoy, conserva los caracteres de haber servido como prenda de vestir (ignoramos el destino que anteriormente pudo tener) y su forma es semejante a la de una amplia túnica. Queda completa una de las dos piezas de este corte de vestido y la parte superior de la otra. Su estado de conservación es relativamente bueno.

Esta rica prenda no es propiamente un tejido, sino un bordado trabajado en lino fino. El bordado, llena toda la tela como si fuera tejida y está hecho en hilo de oro y sedas naturales en casi todos los colores, prevaleciendo los rojos, azules, verdes y negros.

El bordado reproduce temas propios y característicos de los tejidos orientales. Como en ellos pueden verse círculos, adornados con flores tetrafolias, que encierran una serie de animales que se van repitiendo. Destacan el caballo con el azor sobre la silla, el águila degollando a un corzo, los pavos reales con los cuellos entrelazados y las águilas explayadas. Estos círculos no se unen tangencialmente, como suele suceder en los tejidos orientales, sino por medio de entrelazados árabes que contienen en su interior variedad de animales: conejos, liebres, faisanes y otros. Además, hay una representación humana en la que aparece un tipo árabe con su turbante en actitud de beber de una jícara y que puede representar al alquimista oriental. Por último lleva una doble inscripción en caracteres cúficos, la una aristocrática y elegante, en seda negra, y la otra más sencilla, en seda roja.

De todo ello se puede deducir que se trata de un bordado árabe con directas influencias bizantinas, sasánidas y persas en sus representaciones, y que tiene grandes afinidades con los temas representados en la escultura y marfiles árabes de la época califal. Podría datarse como del primer tercio y aún de principios del siglo XI. Por ello puede considerarse como uno de los bordados más antiguos y de mayor importancia de España, coetáneo si no anterior a los que tapizan el interior del arca de las reliquias de San Isidoro de León, y a los árabes de la mitra de San Valero, procedentes de la catedral de Roda de Isábena (Zaragoza), reputados hasta ahora como los más antiguos bordados de nuestra Patria.

Su valor artístico no cabe duda que es grande, tanto por la perfección del dibujo y colorido de sus representaciones, como por la técnica y recursos que emplea, que han logrado en esta pieza una rica tela de gran vistosidad y belleza.

Es difícil de averiguar a quién perteneció tal indumento. Por el lugar en que fue hallado podría adjudicarse a la infanta Tigridia, ya que, como he dicho antes, apareció junto a su sepulcro. Sin embargo, por el corte y amplitud de la prenda y los temas ornamentales que la adornan, más parece un traje de hombre que de mujer. Entre estos temas hay uno que llama poderosamente la atención por ser único y original y por su insistente repetición. Es el del «caballo con el azor o halcón sobre la silla», que se repite hasta cuatro veces. Esto nos lleva directamente al poema de Fernán González que en sus leyendas une la independencia de Castilla al «caballo y el azor». Según la leyenda el conde Fernán González hizo una visita de cortesía al rey de León, de quien dependía. El conde en homenaje de pleitesía quiso hacerle el obsequio de «su caballo y azor», mas el rey no aceptó el regalo sino que determinó pagarle su justo precio. Acordaron entrambos el precio y las condiciones del pago. El rey se comprometió a pagar doble cada día que pasase al señalado para dicho pago. Como pasó mucho tiempo sin hacerlo, en el plazo fijado, el soberano leonés sólo pudo pagar al conde su precio justo con la independencia del condado. ¿Es histórica en su totalidad esta narración o simplemente tiene una base histórica? ¿Puede esclarecer en algún punto este hallazgo la legendaria historia de la independencia de Castilla? No es aventurado afirmar con relativa certeza que esta prenda perteneciese a la familia condal de Castilla. El monasterio de Oña fue palacio, casa de oración y tumba de los últimos condes de Castilla: Sancho y su hijo, el conde-infante, García Sánchez, asesinado en León por los Velas (nieta y viznieta de Fernán González). ¿A cuál de ellos perteneció?, ¿a ambos? Podemos ir más allá todavía y pensar que el conde fundador del infantazgo de Oña la heredó de su desafortunado padre Garci Fernández. De cualquier modo que sea sin el «azor y el caballo» hacen referencia a la leyenda, como parece cierto, por todas las congruencias anotadas, algo queda en claro y es que la histórica leyenda no puede ser de la época en que se escribió el poema, primera mitad del s. XIII, sino muy anterior, tocando casi la figura de Fernán González y sin duda la de su hijo Garci Fernández y la de su nieto Sancho. De todo lo cual deducimos que el hallazgo puede ser interesentísimo en el campo histórico-arqueológico.

Próximamente será sometido a un estudio científico, en los

aspectos técnico e histórico-artístico, y luego, juntamente con otras piezas históricas, será mostrado en el museo parroquial que al efecto se piensa crear.

II

Voy a comenzar hoy esta segunda divulgación de los descubrimientos en la iglesia parroquial de Oña, con una noticia histórica de gran interés, sacada del archivo parroquial.

«Desde la desamortización de Mendizábal, por decisión de la reina Isabel II, en decreto de 23 de abril de 1837, quedaba dividido el gran cenobio oniense en dos partes. La una que podríamos llamar religioso-monumental: iglesia, sacristía, sala capitular y claustro gótico que pasaba a ser conjunto parroquial. Y la otra que denominaríamos profana, que abarcaba el resto del monasterio: viviendas, servicios y recinto cercado, que fue vendido en pública subasta en Madrid y Burgos el 23 de noviembre de 1842 y adjudicado todo en 1.715.000 reales a don Claudio Asenjo, quien luego lo cedió a la Compañía de Jesús en mayo de 1880». (Archv. porrrquial, carpeta de documentación relativa a la iglesia y claustro parroquiales).

Desde entonces la villa y parroquia de Oña pueden gloriarse de tener bajo su custodia y cuidado en su iglesia parroquial el primer panteón real de Castilla erigido en el 1017, cuarenta y cinco años antes que el de San Isidoro de León y doscientos antes que el de Las Huelgas de Burgos. En él, bajo los baldaquinos de encaje de Simón de Colonia, duermen su último sueño, arropados en bellos arcones de taracea y filigrana gótica: el conde don Sancho, nieto de Fernán González, con su esposa Urraca; el hijo de éstos García, asesinado en León por los Velas; los reyes Sancho el Mayor de Navarra y I de Castilla y la reina doña Mayor, su esposa; Sancho II de Castilla o el Fuerte, asesinado en Zamora por Bellido Dolfos y los infantes de Castilla García hijo del Emperador Alfonso y Felipe y Alfonso hijos de Sancho el Bravo. En sus panteones recibieron durante siglos el homenaje agradecido en salmodia y oración de los monjes benitos hasta que en el siglo pasado las tropas napoleónicas, sin miramiento ni respeto profanaron sus sepulturas. En aquella época de vandalismo, sin duda, salió de alguna de sus

tumbas la vestimenta real que en este espacio me propongo dar a conocer.

Apareció, no hace aún muchos días, como un simple y vulgar trapo, al penetrar bajo el entablamiento que sirve de peana a las arcas sepulcrales con el fin de llevar por debajo y oculta la nueva instalación eléctrica que se acaba de montar en la iglesia. A primera vista, envuelto entre el polvo y el escombros en que se encontró, carecía de importancia y atención, pero luego se vio que era sumamente interesante.

Es, sin duda, una prenda de vestir con corte análogo a algunas existentes en el museo de «ricas telas» del monasterio de Huelgas, aunque de fecha anterior. Como aparece en la foto, se conserva una gran parte de la prenda.

Esta es un tejido de gran perfección de seda con brocados de oro y en colores verdes, rojos y amarillos. No es vulgar, sino aristocrático, labrado con bellas representaciones que llenan toda la tela. El tema central es el águila bicéfala explayada que domina con sus fuertes garras por sus cuellos a dos pavos reales, que se dan las traseras y unen sus vistosas colas bajo el abanico formado por las del águila. El tema se repite invariablemente separado por un tronco o tallo de los pavos reales y termina en una copa rellena de multitud de hojas, vástagos y pequeñas aves. Las águilas llevan leyendas en caracteres cúficos en la parte central de las alas, lo mismo que los pavos reales en sus pechugas. Todas las partes salientes de la prenda como las cabezas de aves, leyendas, hojas rosetas, son de brocado de oro hoy en parte perdido.

Los temas representados agrupan a esta tela a los tejidos de procedencia y sabor oriental tan aficionados a las representaciones cúficas, podemos asegurar que la tela es de gusto y origen árabe. Dos centros textiles árabes importantísimos existieron en la Europa occidental de la Edad Media. Uno en Sicilia (Palermo), que incorpora la tradición bizantina, y otro en Almería, que más tarde se extiende a Málaga, Sevilla y Granada. El que nos ocupa tiene verdadera semejanza y las características de los tejidos que salieron de estos centros y por eso casi repite como una fiel copia el tejido del águila bicéfala de Sicilia y el llamado de las jirafas en el museo de Barcelona, ambos del siglo XII. Por todo esto puede clasificarse esta tela como un tejido hispano-árabe salido probablemente de los talleres almerienses en el segundo tercio del siglo XII.

No podemos saber a quién perteneció tal vestidura, aunque por la talla parece haber sido de una persona joven, adolescente como de 12 a 16 años, ignoramos si hombre o mujer. Hemos visto que en el panteón real descansan tres infantes: uno

hijo de Alfonso el Emperador y dos de Sancho el Bravo, que yacen juntos en la misma arca sepulcral. Quizá pertenece a uno de estos tres personajes. De hecho, se ha encontrado bajo el arca sepulcral del primero. La cronología de la tela está más de acuerdo con la fecha de la muerte del primero, mediados del siglo XII, que con la de los otros dos hermanos, que mueren a finales del siglo XIII, en 1287. A pesar de esto no se puede afirmar con toda certeza que pertenece al hijo del emperador. Por otra parte, existen en la iglesia y en el claustro parroquial otros enterramientos de personajes reales y de la nobleza de Castilla, que también fueron saqueados por las tropas de Napoleón y de los cuales puede provenir tal vestidura y que sin duda hacen más difícil la atribución.

Estos hallazgos nos dan idea clara de la importancia histórico-artística del panteón real de Oña. Seguiremos conservando con veneración estas reliquias del pasado heroico y legendario de Castilla, aventadas como hojas por los azares del tiempo para enriquecer su acervo histórico y poder mostrar a propios y extraños su pasada grandeza.

Agustín LAZARO LOPEZ
(Párroco de Oña)